

1105

el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

Viernes 1 de diciembre, 2023



Un cerro sagrado, un pilar del cielo
un centro del mundo,
el templo de Olintepepec

Giselle Canto Aguilar

Un cerro sagrado, un pilar del cielo, un centro del mundo, *el templo de Olin-tepec*

Giselle Canto Aguilar

Durante las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo a finales de 2005 y parte de 2006 en el área conocida como Montículo 1 del asentamiento prehispánico de Olin-tepec, zona arqueológica ubicada en el municipio de Ayala (figura 1, 2 y 3), se realizaron dos hallazgos que nos permiten acercarnos a la forma en que veían el mundo sus antiguos pobladores entre los años 100 a.C. a 150 d.C., y de los que tratará este artículo.

Figura 1.





Figura 2.



Figura 3.

Un poco de contexto antes de entrar en materia. El poblado de Olin-tepec fue fundado sobre una loma de baja altura de roca caliza y travertino alrededor de 1200 a.C., desde la cual se dominaba un fértil valle agrícola; los olin-tepecas nunca abandonaron este espacio hasta que los pocos que quedaban después de la conquista española, diezmados por enfermedades y sobre explotación, fueron congregados en Cuautla en 1603. Por lo tanto, por casi 3000 años sobre esa loma fueron construidos una gran cantidad de edificios, de todo tipo de función: habitacionales, palacios, administrativos y basamentos piramidales para soportar templos; asimismo, el centro del poblado, el corazón, cambiaba su ubicación en esa constante transformación al ritmo de los vaivenes mesoamericanos.

Actualmente, con base en datos de excavación y de recorrido de superficie, podemos plantear la existencia de cuando menos 18 basamentos piramidales (figura 4), los cuales se encuentran en mal estado de conservación debido a las construcciones modernas de dos colonias, la Nueva Olin-tepec y Rafael Merino (figura 5). Uno de los más importantes es el hemos denominado Montículo 1, una estructura que tiene varias etapas constructivas, pero que alcanzó su máximo tamaño y altura entre los años 100 a.C. a 150 d.C., periodo denominado Preclásico Terminal en la cronología mesoamericana.

Las excavaciones en 2005-2006 se enfocaron en el Montículo 1, las cuales se pudieron llevar a cabo gracias al apoyo del presidente municipal de Ayala de ese momento, el Lic. Pedro Pimentel; tuvieron como objetivo retirar materiales modernos, sobre todo cascajo y lo que quedaba de la primera ayudantía de la colonia Nueva Olin-tepec, de los vestigios prehispánicos que había descubierto la arqueóloga Wanda Tommasi entre 1979 y 1981. El objetivo se cumplió exitosamente, además de descubrir nuevas edificaciones prehispánicas.

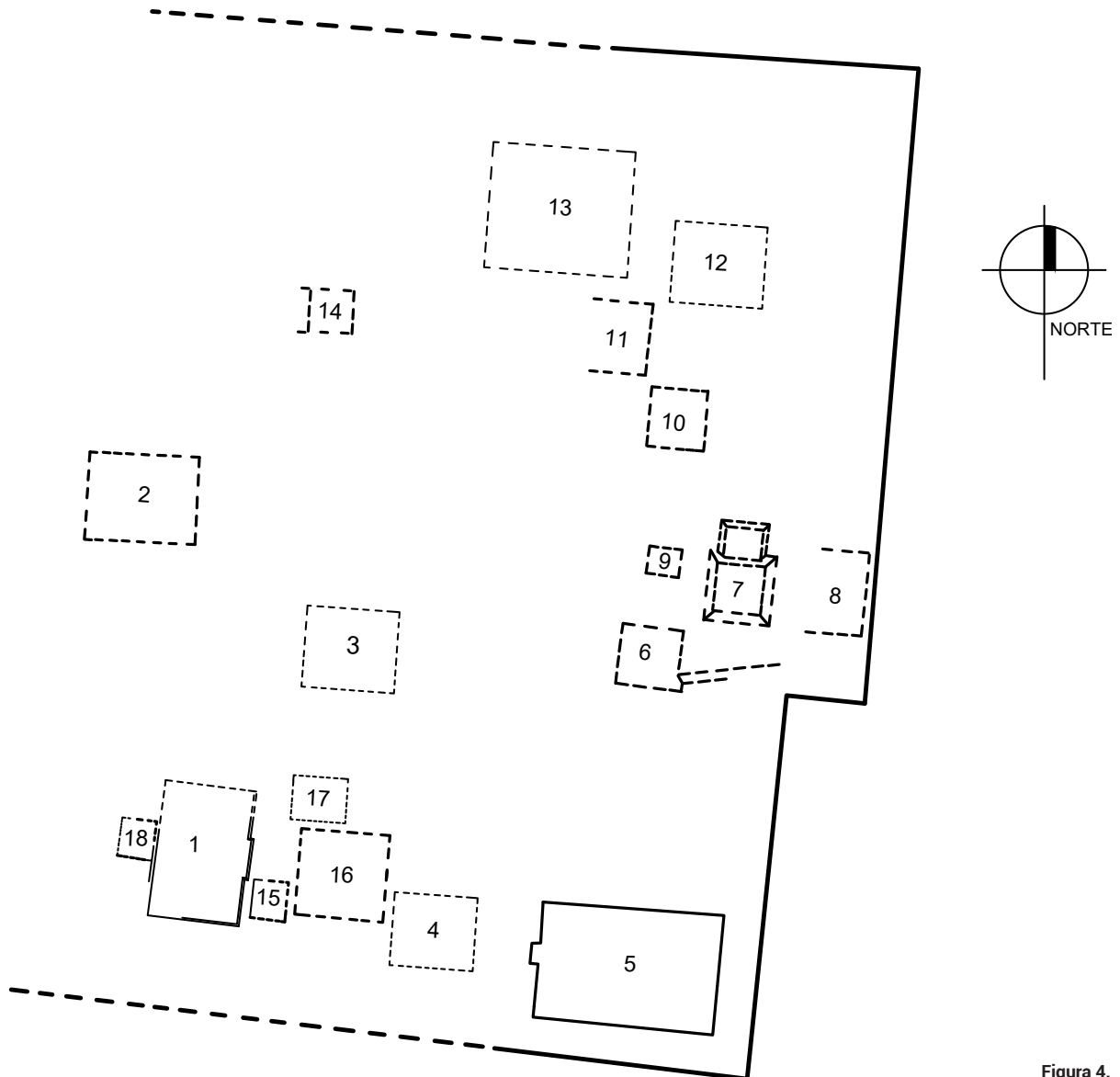


Figura 4.

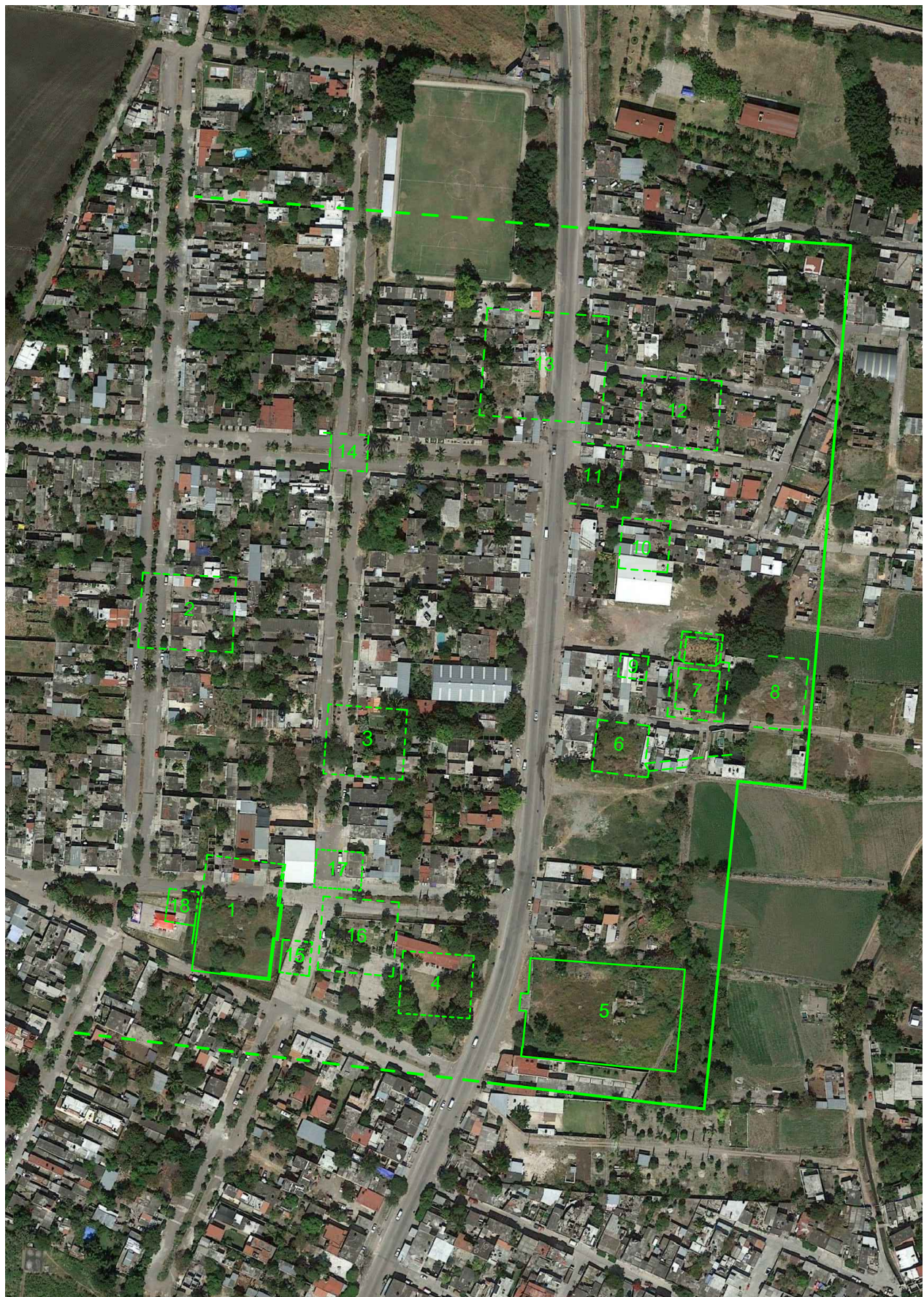


Figura 5.

Una de las edificaciones descubierta, y el primer hallazgo del que hablaremos, es un templo (figura 6). Este edificio complementó los datos que se tenían del Montículo 1, ya que suponíamos que ese basamento piramidal debería tener un templo en la cima y en esta temporada de 2005-2006 fue descubierto. El templo consistió de un basamento con escalinata y muros en talud en el frente y sobre él suponemos que fue desplantado una cámara, un cuarto, el santuario propiamente donde debió estar colocada la imagen del dios patrono de los olintepecas del periodo Preclásico Terminal. Desafortunadamente, solamente se recuperó el basamento y las escalinatas del templo; su mal estado de conservación fue causado por dos factores. El primero ocurrió en el mismo periodo prehispánico, aunque todavía no sabemos cuántos años o siglos después de que dejó de ser usado el templo; se trata de un crecimiento hacia lo alto del gran basamento del Montículo 1, para lo cual los olintepecas colocaron un relleno de grandes cantos rodados de río sobre toda la cima, que llevó a que el cuarto del templo, y su piso, fueran desmontados y lo que restaba del edificio cubierto con esas grandes piedras (figura 7).



Figura 7.



Figura 6.



Figura 8.

El segundo factor que afectó la conservación del templo es moderno y está asociado a la construcción de la primera ayudantía de la colonia Nueva Olin-tepec, poco después de 1950. Para ello, los colonos nivelaron la cima con maquinaria pesada, retirando mucho del relleno prehispánico y compactando por el peso otros contextos arqueológicos del Montículo 1 y asociados al templo. En la figura 8, fotografía tomada en 1992, todavía se pueden restos de los castillos de la ayudantía, justo donde se encontró el templo, así como de la explanada que sirvió como plaza cívica. De tal manera, el mismo basamento del templo, sus escalinatas y muros fueron atravesados por los cimientos (figura 9). A pesar de los embates modernos, el basamento del templo conservó suficientes datos para permitirnos reconstruir los huecos en sus muros, quedando tal y como se aprecia en la figura 10.



Figura 9.

Continuando con la descripción del templo, se determinó que esta edificación prehispánica tiene dos etapas constructivas, es decir, en una primera etapa el basamento del templo fue de dimensiones más reducidas, de 11m por 10m de lado, y en el mismo lapso de 250 años que duró este periodo fue ampliado. La segunda etapa constructiva, que es la que apreciamos en la figura 10, tiene una planta de 23m por 14.5m de lado y aunque estamos especulando, ya que nos faltan datos por la destrucción tanto prehispánica como moderna, posiblemente la altura del basamento fue de 1.70. Y sobre el basamento, la cámara donde se guardaba la imagen de la diosa o dios patrono, la cual tal vez tuviera de tres a cuatro metros de altura desde lo alto de la escalinata del basamento hasta el techo, pero no tenemos manera de inferirlo, es decir, iríamos más allá de la especulación.

Ahora bien, si comparamos este edificio del templo con las dimensiones del basamento piramidal, el Montículo 1, sobre el cual desplanta como se aprecia en la figura 3,, el cual tiene aproximadamente 70m por 50m de lado con una altura de 3.50m, podría considerarse que el templo es de tamaño reducido. Sin embargo, considerando que templo y basamento son un conjunto arquitectónico, éste se vuelve imponente ya que integra una explanada sobre el gran basamento, lo que nos lleva a proponer que los rituales eran públicos y en los cuales participaba la mayoría del pueblo, frente a la deidad.

Figura 10.





Y aquí es cuando entra en escena el segundo hallazgo de esta temporada de 2005-2006. Se trata de una cista construida al interior del basamento del templo, la cual fue erigida durante la ampliación del edificio. La cista también fue afectada por el relleno de cantos rodados de río del periodo prehispánico y es posible que en ese momento perdiera la tapa que la cubrió, ya elaborada con lasjas o bien cubierto el espacio con el mismo piso del templo. Pero, también fue afectada por la construcción moderna, ya que la cimentación de la primera ayudantía destruyó los muros laterales este y oeste, y el muro sur fue muy dañado. Infiriendo algunos datos, proponemos que la cista midió 2m de largo y 85cm de ancho, y la altura a la que se debió colocar la tapa fue de 90cm aproximadamente (figura 11).

Figura 11.

Por suerte la ofrenda depositada en el interior de la cista no sufrió daños (figura 12). La ofrenda consistió en restos óseos que corresponden a cuatro individuos, por el número de cráneos, en muy mal estado de conservación y de los cuales, por el momento, no podemos decir más ya que están en el proceso de acondicionamiento de huesos. Asimismo, alrededor y sobre los esqueletos se encontraron diecisiete vasijas cerámicas y dispersas sobre toda el área pequeñas cuentas de cerámica, 409 en total, de menos de 1cm cada una; cada una de las cuentas está cubierta de pigmento rojo. También se encontraron objetos de concha, nueve caracoles muy pequeños, en mal estado de conservación, y un pendiente (figura 13).



OLINTEPEC
Entierro
múltiple con
cuatro
1/3

Figura 12.



A continuación, nos enfocaremos en la ofrenda, cuyos elementos nos permite hacer una serie de propuestas sobre sus connotaciones a partir de tres niveles de análisis. En el primer nivel, se pudo establecer que las vasijas cerámicas correspondan a varias temporalidades y que algunas de ellas provienen de distintas regiones. De tal manera, en la ofrenda se tiene vasijas que fueron elaboradas y usadas durante los periodos del Preclásico Medio Tardío, Preclásico Tardío y Preclásico Terminal, es decir, entre la más antigua y la más temprana del depósito de la cista se tiene un rango temporal que va del 700 a.C. al 150 d.C.

Páginas 13 y 14. Figura 13.



Es necesario que abramos un pequeño paréntesis para explicar algunas partes de la metodología empleada en el análisis cerámico. El análisis de la cerámica obtenida en cualquier sitio arqueológico permite definir grupos denominados tipos cerámicos; después de lo cual, se lleva a cabo una comparación de esos tipos con aquellos obtenidos en otros sitios y regiones, tanto cercanos al sitio en cuestión como lejanos incluyendo a todo el territorio mesoamericano. En esta comparación buscamos entre los tipos semejanzas e igualdades. Las semejanzas entre los tipos de dos o más sitios nos permiten hablar de que fueron contemporáneos, ya que comparten

un estilo cerámico. En los casos en que los tipos de dos o más sitios y regiones son exactamente iguales, concluimos que entre ellos existió un intercambio, que uno de ellos fue el productor y de ahí llegaba a los otros sitios. En ambos casos, semejanza o igualdad, con base en el fechamiento de contextos en los que aparecieron esos tipos en algunos sitios, podemos establecer un fechamiento relativo. De ahí que en nuestra ofrenda de Olin-tepec podamos definir aquellos objetos que son de los tres periodos diferentes mencionados, Preclásico Medio Tardío, Preclásico Tardío y Preclásico Terminal.





El siguiente paso en esta metodología consiste en fechar, aunque sea de manera relativa, el contexto de la cista; para ello aplicamos una de las metodologías de la arqueología utilizada tanto en excavación como en el análisis cerámico: los conceptos teóricos *Terminus ante quem* y *Terminus pos quem*. Ya explicamos la secuencia de la estratigrafía de la cista: se encuentra en el relleno de la segunda etapa constructiva del basamento de un templo, el cual desplanta sobre el Montículo 1 y que fue parcialmente desmontado y cubierto por un relleno masivo de cantos rodados. Pero, ¿en qué año, o más bien, en qué periodo fue construida la cista y depositada la ofrenda? El concepto de *Terminus ante quem* nos dice que la cista fue construida durante el uso del objeto más antiguo, en este caso, dos ollas del tipo Rojo desmoronable (figura 14), manufacturadas en el Preclásico Medio Tardío, entre los años 800/700 a 400 a.C.

Figura 14.



Pero el concepto de *Terminus pos quem* nos indica que la cista no pudo ser construida posterior al uso del objeto de manufactura más reciente en la ofrenda, en este caso se trata de varias vasijas de dos tipos cerámicos: el Negro Itzamatlán (figura 15) y el Café lustroso con pintura al fresco (figura 16), ambos del Preclásico Terminal, es decir, en este primer nivel de análisis de la ofrenda, es posible concluir que la cista y el templo fueron edificados entre los años 100 a.C. a 150 d.C.

Figura 15.





Páginas 17 y 18. Figura 16.





La pregunta obligada es ¿qué hacen en una cista del Preclásico Terminal objetos que estuvieron en apogeo de 500 a 700 años antes de que fueran depositadas en la cista? Tal es el caso de las dos ollas que se muestran en la figura 14 y que corresponden a la vajilla de preparación y almacenamiento de alimentos del periodo Preclásico Medio Tardío, entre los años 800/700 a 400 a.C. Además, otras vasijas corresponden a tipos del Preclásico Tardío, es decir, su uso fue predominante entre los años 400 a 100 a.C., se trata de los tipos Café rojizo (figura 17), Negativo sobre café rojizo (figura 18) y el Rojo sobre anaranjado con calizas (figura 19). Buscar la respuesta nos lleva al segundo nivel de análisis.

Bueno, tenemos que considerar que la vajilla cerámica fue vital para los grupos prehispánicos, siendo la segunda gran innovación tecnológica de los primeros grupos agrícolas y sedentarios. La vajilla cerámica cubrió un amplio espectro de necesidades, desde aquellas formas utilizadas para alabar a los dioses, como sahumeros e incensarios, o aquellos tipos asociadas a las clases de élite, como el Anaranjado delgado o el Polícromo cholulteca. Además, se tenía la vajilla doméstica de la cual dependía la supervivencia de la familia, pues estaba integrada por grandes tinajas para almacenar agua o granos, ollas y cazuelas para cocinar, cajetes para servir y comer, estufas, comales, cucharas, entre muchas otras formas con un sinnúmero de funciones que llevó a sus usuarios, generalmente mujeres, a cuidarlas, repararlas y sobre todo heredarlas de una generación a otras, pasando de madres a hijas a lo largo de siglos. Así que, ¿por qué no encontrar en el área más importante del poblado, el templo del dios patrono, vasijas de gran antigüedad que habrían sido usadas y cuidadas durante muchas generaciones?



Figura 17.



Figura 18.



Por otro lado, el estilo en el que fueron elaboradas las vajillas cerámicas, es decir, la forma de las vasijas, la decoración –desde un simple baño con la misma arcilla en la que fue manufacturada, la utilización de cera para obtener una decoración al negativo, hasta la aplicación de una base de cal de color blanco sobre los que pintaron también con cal de diversos colores una serie de signos–, así como los signos utilizados en esa decoración, que produjeron textos complejos, fue parte de diversos elementos identitarios, ya sea de género, de estatus y de grupo entre otros. De tal manera, planteamos que los tipos Café rojizo, Rojo Temprano y Negativo cumplen la función de elementos de identidad de los olintepecas, un estilo cerámico que les permitió diferenciarse de sus vecinos, ya Oaxtepec al noroeste, ya Ixtlán hacia el suroeste, durante el periodo Preclásico Tardío.

Curiosamente, Ixtlán está representado en esta ofrenda, dos vasijas del tipo Rojo sobre anaranjado con calizas, ver la figura 19, uno de los cuales conservó en buen estado el soporte en forma de pedestal que sostiene el cajete. Si bien es común el tipo en Olintepec, su representatividad es menor que la del Café rojizo, mientras que ese tipo es predominante en Ixtlán, de ahí que se considere como parte de los elementos identitarios de los ixtlecas. Su presencia en Olintepec se debe a que ambos sitios se relacionaron durante siglos, siendo el Preclásico Tardío un periodo de apogeo del intercambio entre ambos.



Figura 19.



Otras dos vajillas de la ofrenda son el Negro Itzamatlán, figura 15, y el Café lustroso con pintura al fresco, las seis vasijas encontradas se muestran en la figura 16, ambos son del momento en que el templo y sus dos ampliaciones fueron construidas. El primer tipo proviene del centro norte de Morelos, es decir, se le encuentra desde Oaxtepec hasta Tlapacoya en el sureste de la cuenca de México, mientras que el segundo representa relaciones con varias regiones, ya que también aparece en Cuicuilco, Tlapacoya y Teotihuacán, en el suroeste, sureste y noreste de la cuenca de México respectivamente. El primero responde a alianzas e intercambio entre dos regiones, mientras que el segundo es un importante marcador de estatus, que relaciona no a los grupos, sino solamente a su clase dirigente.

De tal manera, en este segundo nivel de análisis de las vasijas cerámicas de la ofrenda al templo de Olin-tepec, vemos objetos heredados de ancestros, evidencia de relaciones y alianzas con diferentes regiones que permitieron el apogeo de Olin-tepec, y vasijas muy valiosas que ensalzan al grupo dirigente de Olin-tepec.

Pero vamos más allá y tomemos todos los datos que nos ofrecen los dos hallazgos, el templo y la cista con su ofrenda al interior de ese edificio. Comencemos por explicar algunas de las connotaciones del templo. En la cosmovisión mesoamericana, la montaña fue considerada un gran recipiente, una bodega donde se guardaban "... los embriones espirituales de hombres, vegetales y animales, los vientos y las aguas de lluvias y manantiales..." (López Austin y López Luján 2001: 260); en ella habitaban los dioses que otorgaban esos bienes a los hombres. La gran montaña cósmica se encontraba en el mundo de los dioses y de ahí se proyectaba al mundo habitado por los hombres y todas las criaturas; el modelo cósmico se replicaba en las montañas y cerros; además, en los poblados la montaña sagrada fue replicada artificialmente mediante la construcción de basamentos de forma piramidal, "... es la aproximación de la sacralidad a la esfera cotidiana, su reducción a dimensiones humanas..." (Op cit. 18).

Otra connotación de la montaña sagrada es que fue considerada un *axis mundi*, un árbol cósmico cuyas raíces se enterraban en el inframundo y sus ramas se levantaban hacia el cielo. De tal manera, la montaña cósmica y sus réplicas, como es el templo de Olin-tepec, son considerados "... la parte del cosmos en la que se produce el enlace del ciclo de vida/muerte, debemos considerarlos como generados de la vida... el depósito universal de todas las criaturas que esperan su existencia terrena, entre ellas los futuros seres humanos..." (ibid. 104).

En consecuencia, podemos concluir en este tercer nivel de análisis, que el templo es una réplica edificada por los olin-tepecas del monte sagrado, cuyo significado fue enfatizado porque se erigió sobre la cima de otro gran basamento, el Montículo 1, para ese periodo el más importante del poblado. La deidad que habitó esta réplica mundana de la montaña cósmica fue la diosa o dios patrono de Olin-tepec durante el periodo Pre-clásico Terminal, desafortunadamente, no conocemos su nombre. Asimismo, se considera que la cista connota el interior de la montaña, por lo tanto, la ofrenda ahí depositada debió abarcar la mayoría de los bienes que los olin-tepecas esperaban fueran otorgados de manera periódica por su dios patrono.

De tal manera, como parte de la ofrenda tenemos restos óseos de cuatro individuos. Estas personas fueron ofrecidas al templo y monte sagrado con dos propósitos. El primero, fue el de establecer al basamento como una "bodega" donde se guardan las fuerzas y espíritu del agua, de la vida, de los mantenimientos y de la propia humanidad, que se crea una y otra vez por obra del Dios Patrono con los huesos de los antepasados. Por otra parte, la fuerza vital de estos cuatro individuos también era el alimento del Dios Patrono, que incrementaba su fuerza y le permitía la sacralización de, no sólo el templo, sino además de la totalidad de la comunidad.



Figura 20.

Es muy probable que las ollas contuvieran agua, redundando en el significado de la montaña sagrada como hueca y llena de agua de lluvia y de los manantiales. Este ambiente acuático, marino, también es representado con los caracoles, pequeños, y el pendiente de concha (figura 20). Cabe mencionar que se esperaba que también hubieran sido depositado restos de animales, ya que la caza y la crianza de varias especies fue fundamental para su dieta; sin embargo, no se encontró evidencia en la excavación.

También suponemos que las vasijas debieron contener todo tipo de semillas y de frutos o de sus huesos: maíz, frijol, calabaza, chía, aguacate, epazote, quelite, entre otras muchas plantas depositadas que esperaban ser regeneradas por la deidad patrona.

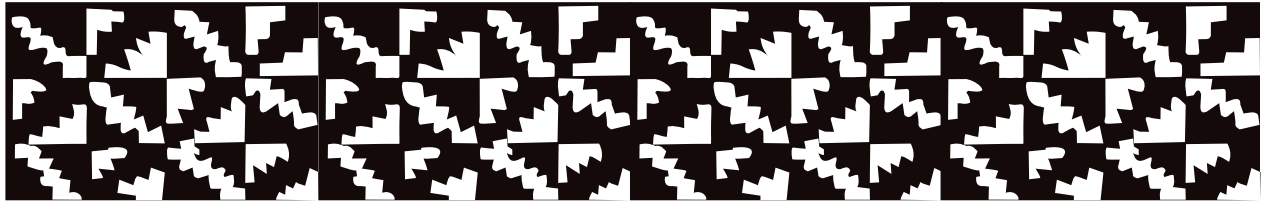
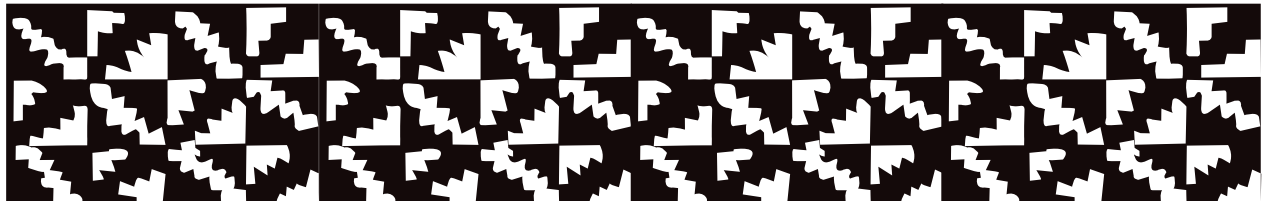


Figura 21.



Por último, en toda la cista se encontraron cuentas de cerámica cubiertas de pigmento rojo (figura 21), podemos suponer que se trata de gotas de sangre, que pueden ser consideradas como ofrendas de sangre de la comunidad, o bien, se trata de la misma sangre de la deidad, ya que su sacrificio permite el renacimiento.

De tal manera, el montículo y el templo de Olin-tepec, es un reflejo del cosmos mesoamericano, pilar del cielo, centro del mundo, cueva del origen y del nacimiento, lugar de los mantenimientos, donde el inframundo y las fuerzas telúricas y el cielo y las fuerzas celestes se encuentran para convertir el espacio, en el lugar sagrado donde el Dios patrono cuidaba de sus olin-tepecas.

Solo basta agregar que, debido al avance urbano, cada excavación llevada a cabo en el asentamiento de Olin-tepec, originada por la ampliación de carretera, introducción de drenaje, nivelación de calle, cimiento para una casa o escuela, nos aporta importantes datos sobre este antiguo poblado, de los cuales damos un ejemplo en este artículo.

Texto recomendado

López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján, 2009, Monte sagrado – Templo Mayor, INAH, IIA-UNAM, México.

Coordinador editorial:
Giselle Canto Aguilar

Sigue nuestras redes sociales:



/Centro INAH Morelos

el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

**Órgano de difusión de la
comunidad del INAH Morelos**

Consejo Editorial

Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar

Eduardo Corona Martínez

Raúl Francisco González Quezada

Mitzi de Lara Duarte

Luis Miguel Morayta Mendoza

Tania Alejandra Ramírez Rocha

*El contenido es responsabilidad
de sus autores.*

Karina Morales Loza
Coordinación de difusión

Emilio Baruch Quiroz Tellez
Formación y diseño

Apoyo operativo y tecnológico
**Centro de Información
y Documentación (CID)**

Sugerencias y comentarios:
difusion.mor@inah.gob.mx

Crédito portada y contraportada:
Ofrenda encontrada en el interior del
basamento del templo.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Centro INAH Morelos
Mariano Matamoros 14,
Acapantzingo, Cuernavaca,
Morelos.